MAPAS DE CAMINOS QUE NO LLEVAN A ROMA (VII)

ÁNGEL PONTONES MORENO

MICRO-RELATOS-lacuevadelerizo-MICRO-RELATOS-lacuevadelerizo-MICRO-RELATOS-lacuevadelerizo-MICRO-RELATO

FATALIDAD

Si llegas a casa sobre estas horas me encontrarás agujereando de mala manera la chapa de un aparador *Benji* no especialmente barato. Te preguntarás porque lo hago pero *prefiero-que-no-lo-hagas*. Ya sabes que bregar con obstáculos como la existencia de llaves de tuerca con la consistencia del surimi, actúa sobre mí como una droga estimulante a la hora de montar muebles. Qué decir del manual de instrucciones, arma secreta de la competencia y obra maestra de la incompetencia. Sirva de resumen que dos horas después de encontrar lo que parecía un error de fábrica que creía irresoluble y solicitar un instalador bajo compromiso de abonar el montaje si la culpa era mía, descubrí que la figura 7 no tenía por qué coincidir necesariamente con la página 7, y que el lateral que no había forma de encajar era en realidad una balda. Para terminarlo de arreglar el operario, de habitual perezoso, tenía un servicio cerca de casa y en apenas minutos estaría aquí, leyéndome su cartilla condescendiente. Sintiéndome niño descubierto en algo malo que echa la culpa al hermano pequeño que tiene más a mano, me hice con berbiquí y taladro y en estas sigo, estropeando a *Benji* para salvar jirones de mi orgullo. Desconozco que a unas 4 calles de distancia este mismo instalador maldice su suerte, escondido desde hace cinco minutos en el tramo de escalera que va desde el piso séptimo a la terraza. Sobresaltado por el timbre del portal que anunciaba el regreso del marido de Estela una hora antes de lo previsto a causa de un inoportuno apretón, ha salido a la estampida del hogar ajeno agarrando al vuelo los primeros vaqueros que ha visto. En ellos evidentemente no están las llaves de la furgoneta ni el móvil con el que acababa de cerrar su próxima visita, una ojeada a cierto aparador *Benji* tristemente célebre por su obtuso e irritante manual de instrucciones.

PERSPECTIVA

Aquel ser diminuto que golpeaba la lente desde el otro lado, solo quería advertirme que el cristal de aumento de este microscopio estaba montado al revés, y que la barba que yo me acariciaba mecánicamente no me convertía en un "hípster" al uso sino en un patógeno peligroso caracterizado por su exceso de vellosidad.

VALENCIA, 18 DE MARZO, PAISAJE DE LA BATALLA

No recordaba una noche como aquella. Brisa suave, cielo raso, vino y conversación poco menos que excelentes. El mundo una marina en ligeros índigos tamizada en los bordes por un magenta suave, que gracias al puntillo adecuado y a la compañía deseable simulaba un amanecer dentro del ocaso. En la cara oeste de la terraza del dúplex, enclavado entre dos enormes ficus, el castillo de fuegos artificiales epílogo de toda celebración. Y así y todo, a través de aquellos primeros arabescos de luces se filtraba una mala sensación. Los dos últimos años habían sonado a este fin de fiesta. Por el camino se habían ido despeñando toda una serie de signos de identidad propios: el sistema económico autóctono, los medios de comunicación locales, los eventos deportivos internacionales. En su caída habían arrastrado a muchos que los habían patentado o defendido. Como uno de los artífices del castillo (el de naipes) sintió colarse entre la neblina de alcohol la angustia del superviviente. De repente necesitaba aquella tradición ruidosa y a la vez metódica, el asidero que suponía el espectáculo de colores y formas destellando bajo la luz de la otra superviviente, la justamente reconocida luna de Valencia. El eco de decenas de miles de "*¡oohs!"* de una multitud entregada a la liturgia de sus símbolos contribuyó a animarle. Durante unos segundos volvió a contagiarse del "nunca pasa nada" habitual. Entendió que en noches como aquella todo podría arreglarse, y casi todo ser perdonado.

Y fue entonces, cuando más armonizado se sentía con el paisaje, que una de las carcasas, una cualquiera, fue a ascender un poco más que el resto. En algún momento la vio explotar y transformarse en una palmera verde esmeralda de dimensiones colosales, cuyas hojas describían un arco espectacular con destino a los cuatro puntos cardinales. El murmullo que subía hasta el dúplex contenía toda la sorpresa del que se admira de una demolición

llevada al cabo hasta sus últimas consecuencias. De la luna llena, como de tantas otras cosas, no había quedado ni el más miserable fragmento.

EL CÁNTARO Y LA FUENTE

Fui consciente del cambio no más abrir los ojos, agujereados por la luz del mediodía que se filtraba a través de la persiana que no supe cerrar bien la madrugada anterior. Escondido tras un terrible dolor de cabeza percibí por primera vez el olor a quemado, diferente al de los guisos que se pegan en las ollas dominicales. Salí de casa con los andares de un sonámbulo y con la única premisa de conseguir las figuritas de Beyoncé y Kim Jong Un que representaban las dos primeras piezas del ajedrez mediático que anunciaba el diario. Fue entonces cuando la situación se me presentó en toda su crudeza.

Del cielo parecía haberse apoderado un fular anaranjado, enturbiando rostros y objetos, privándonos de referencias o sustituyéndolas por impresiones. El tufo ya sobrepasaba lo tolerable y mi cerebro, atrapado en la camisa de fuerza de una resaca, no acertaba con una explicación razonable. La había. Siguiendo el mismo fenómeno que hace al cántaro romperse de tanto ir a la fuente, el incidente más estúpido y trivial había incendiado por enésima vez las redes sociales (ya sobrecargadas por el cazador furtivo arrestado en el túnel Canal de la Mancha mientras perseguía un panda hembra por el interior de un cajero automático de Salónica). La diferencia respecto a otros casos es que en éste, al parecer, habían fallado todos los cortafuegos.

LOS DÍAS DEL PIE IZQUIERDO

Le faltarán, al menos, un par de centímetros para alcanzar la barra del trapecio. Descoyuntará su hombro para recortarle unos milímetros a la física, tensará los ligamentos del codo hasta convertirlos en piel de tambor, y seguirá hasta forzar la rotura a todos los tendones metacarpianos. Se dejará crecer las uñas con su fe en el pensamiento que domina a la materia, y utilizará armas de seducción masiva que conmoverían a las piedras para ganarse la simpatía del impávido peldaño de madera. Todo con tal de salvar el diminuto pero implacable abismo. Descubrirá entonces que el trapecio, la grada y toda la carpa del circo han dado un pasito hacia atrás casi imperceptible. Se ponga como uno se ponga, salen días así.

INSTRUCCIONES PARA PANDORA

- Usted es el primer ser vivo que la abre, y por ello mismo me veo en el deber de darle un par de consejos. El primero de ellos está relacionado con las bisagras. No se olvide de engrasarlas cada cierto tiempo y se ahorrará más de un chirrido desagradable. El segundo consejo tiene que ver con su contenido.